

Prision de los comisionados de la Convencion.

Dumuriez, cuyo proyecto era sorprender Valenciennes, habia trasladado á la aldea de San Amand su cuartel general, en donde estaba acantonada su caballería de confianza.

El general Neuille mandaba en Valenciennes, y creyendo sin razon poder continuar siendo dueño de la plaza, escribió á Dumuriez que podia contar con su apoyo y con el de la poblacion.

Sin embargo, empezaba á dudar: á cada instante se veia obligado á *purificar* el ejército, haciendo prender á algun jacobino.

El primero fué un capitán del batallon de Sena y Oise, llamado Lecointre, hijo del diputado por Versalles del mismo nombre, y uno de los montañeses más impetuosos que declamaba contra los constitucionales.

En el mismo dia tuvo lugar otro arresto, el de un teniente coronel, oficial del Estado mayor del ejército, llamado De-Pile, el que hablaba contra el general en jefe.

La víspera se presentó á Dumuriez el general Leveneur, compañero en su fuga del general Lafayette, y que Dumuriez habia agregado al cuartel general; pedia retirarse del ejército con pretexto de su mala salud, lo que le fué concedido.

El mismo permiso se le concedió al general Stetenhoffen.

Supo por último que Dampierre, el general Chamel y los generales Rosiere y Kermowant habian dado palabra á los comisionados de permanecer fieles á la Convencion.

Aquellas noticias, sabiendo cuáles eran los proyectos de Dumuriez, eran alarmantes.

El proyecto suyo no se encuentra en ningun historiador; pero era el siguiente:

Hacia largo tiempo que Dumuriez pensaba marchar contra Paris, suponiendo que los soldados hubieran querido seguirle, de lo cual empezaba á dudar; pero se habia detenido temiendo perjudicar á los restos de la familia real, encerrada en el Temple.

Hé aquí lo que se habia convenido en Tournay entre él y los generales Valence, Chartres y Thouvenot.

Bajo pretexto de contener la fuga de los desertores del ejército, mandarian á Francia á los coroneles Mantjoie y Nordmann, los que llevarian despachos para el ministro de la Guerra Beurnonville, anunciando su estancia en Paris por dos ó tres dias. La víspera de su partida mandarian á Bondy sus trescientos hombres, y á la noche siguiente entrarian por el *boulevard* del Temple, forzarian la guardia de la régia prision apoderándose de los cuatro prisioneros, los que en la selva de Bondy encontrarian un carruaje que debia conducirlos á galope hasta Pont-Sant-Mayence, y allí un cuerpo de caballería les escoltaria hasta Valenciennes y Lila.

Pero para esto era preciso estar seguro de estas dos poblaciones, y Dumuriez acababa de saber que se sostendrian en favor de la revolucion.

Entonces fué cuando pensó en coger rehenes importantes que le respondieran de la vida de los prisioneros, y mientras podia tener otros más ilustres, entregó al general Clerfait los dos jacobinos Lecointre y Pile.

El 2 de Abril, por un capitán de cazadores de caballería que tenia apostados en Pont-á-Marck, recibió el aviso de que el general Beurnonville, ministro de la Guerra, habia pasado dirigiéndose á Lila y diciendo que iba al encuentro de su amigo el general Dumuriez.

Aquella noticia le admiró. ¿Cómo no le habian prevenido?

Cerca de las tres de la tarde, dos correos, con los caballos cubiertos de espuma, anunciaron al general que precedian solo algunos minutos á los comisionados de la Convencion nacional y al ministro de la Guerra. Los correos no dudaban que los cuatro comi-

sionados y el ministro de la Guerra tenían la intención de prender á Dumuriez.

Tan corta era la distancia que les separaba de los enviados de la Convencion, que llegaron estos cuando los correos acababan de anunciarles.

Primero entró Beurnonville; Camus, Lamarque, Bancal y Quinette le seguian.

El ministro abrazó á Dumuriez, con el que habia servido, y á quien amaba mucho; despues le mostró á los comisionados con la mano, y le dijo:

—Mi querido general, estos señores vienen á notificaros un decreto de la Convencion nacional.

Al saber la llegada del ministro y de los cuatro diputados, todo el Estado mayor habia rodeado al general. Allí estaba Valence, Thouvenet, que acababa de ascender, el duque de Chartres y las señoritas de Fernig con su uniforme de húsares.

Camus le dirigió la palabra, indicándole con voz firme que pasara á una pieza inmediata para escuchar el decreto.

—¡Oh! dijo Dumuriez, conozco de antemano el decreto. Venís á echarme en cara haber sido demasiado honrado en Bélgica, de haber hecho que devolvieran á los ingleses sus alhajas y de no haber querido emponzoñar al pobre pueblo con vuestro papel-moneda. Verdaderamente, Camus, vos que sois tan devoto, me admira, os lo confieso, que un hombre que hace alarde de religioso y que permanece horas enteras delante de un crucifijo en su habitacion, defiende el robo de vasos sagrados y de los objetos del culto de un pueblo amigo.

Id á Santa Gudula y vereis las hostias pisoteadas y dispersas sobre el pavimento, los tabernáculos y confesonarios rotos, los cuadros hechos pedazos; buscad un medio para justificar esas profanaciones, y ved si no se debia restituir la plata y castigar severamente á los miserables que han ejecutado vuestras órdenes.

Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no se ofende, si no los castiga, peor para ella y para mi desgraciada patria. Sabed que si para salvarla se necesitara un crimen, no le cometeria. Los terri-

bles atentados que se han cometido en nombre de la Francia caen sobre ella, y yo la sirvo tratando de borrarlos.

—General, contestó Camus, no nos compete escuchar vuestra justificacion ni contestar á vuestros supuestos agravios; estamos aquí para notificaros un decreto de la Convencion.

—¡La Convencion! repuso Dumuriez; ¿quereis que os diga lo que es vuestra Convencion? Es una reunion de quinientos imbéciles y doscientos infames. Yo me propongo marchar contra ella; soy bastante fuerte para batirme al frente y por la espalda. La Francia necesita un rey, me importa poco que se llame Luis ó Jacobo.

—O Felipe, ¿no es cierto? preguntó Bancal.

Dumuriez se estremeció. Le habian herido en el corazon de sus proyectos.

—Por tercera vez, replicó Camus, ¿quereis pasar al aposento inmediato para escuchar la notificacion del decreto?

—Todas mis acciones han sido siempre públicas, contestó el general, y continuarán siéndolo hasta lo último. Un decreto dado por setecientas personas no puede ser un misterio. Mis compañeros deben ser testigos de todo lo que suceda en esta entrevista.

—Pero entonces se adelantó Beurnonville.

—No te damos una orden, es una súplica mia; que te acompañe uno de estos caballeros; eso te lo concedemos.

—Sea; dijo Dumuriez. Venid, Valence.

—Solo que la puerta quedará abierta; observó Thouvenot.

—Que esté abierta; sea, respondió Camus.

Entonces presentó al general el decreto de la Convencion que le ordenaba presentarse en Paris.

Dumuriez se encogió de hombros y le devolvió.

—Ese decreto es absurdo, dijo; ¿puedo acaso dejar el ejército desorganizado como está y descontento? Si os siguiera, dentro de ocho dias no tendriais un solo hombre fiel á sus banderas. Cuando haya terminado la organizacion y cuando no se encuentre el enemigo á un cuarto de legua, entonces iré á Paris solo y sin escolta. Además, veo en ese decreto que en caso de desobediencia debeis suspender mis atribuciones y nombrar otro general. No desobe-

dezcó; solo pido una próroga. Ahora decidme lo que vais á hacer; suspendedme si gustais; desde hace tres meses he ofrecido diez veces mi dimision y ahora la presento de nuevo.

—Somos competentes para suspenderos, y no para aceptar vuestra dimision.

—Y si dais la dimision, ¿qué pensais hacer despues? preguntó Beurnonville.

—Al quedarme libre de mis acciones haré lo que me convenga, contestó Dumuriez; pero os confieso, querido amigo, que no regresaré á Paris para verme envilecido por los jacobinos y condenado por el tribunal revolucionario.

—¿No reconocéis ese tribunal? preguntó Camus.

—Sí; le reconozco como un tribunal de sangre y de crímenes, y mientras yo tenga una espada al costado, os declaro que no me someteré á él; añadiendo que le miro como el oprobio de una nacion libre y que seria abolido si estuviera en mi mano.

—Ciudadano general, dijo Quinette, no se trata de tomar con vos ninguna medida funesta; la Francia os debe mucho, y vuestra presencia hará disipar todas las calumnias; vuestro viaje será corto, y si lo exigís, los comisionados y el ministro quedarán entre vuestros soldados durante vuestra ausencia.

—Y si los húsares y los dragones llamados de la república que andan diseminados por el camino me asesinan, sea en Gournay, Roge ó Senlís, en donde me esperan, ni el general Beurnonville tendrá la culpa, ni vosotros, señores comisionados, pero yo quedaré asesinado.

—Ciudadano general, me comprometo á acompañaros todo el camino, dijo Quinette, y á cubriros con mi cuerpo si hubiera peligro. Ofrezco volveros á poner aquí sano y salvo.

—Ciudadano general, dijo Bancal, recordad á los generales de Grecia y Roma, los que apenas eran llamados por el areópago ó por el consulado, se presentaban á dar cuenta de su conducta.

—Sr. Bancal, replicó Dumuriez, siempre nos equivocamos y desfiguramos la historia romana, disculpando nuestros crímenes con el ejemplo de sus virtudes, que desconocemos. Los romanos no

mataron á Tarquino como vosotros á Luis XVI. Los romanos tenían una república bien organizada: no tenían ni club de jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en una verdadera anarquía. Los tigres quieren mi cabeza; pues no se la daré.

Puedo hacer esa confesion sin temor de ser tachado de cobarde: puesto que buskais vuestros ejemplos en los romanos, os diré que bastante tiempo he representado el papel de Decio para que me libre del de Curcio.

Bancal volvió á tomar la palabra: era girondino.

—Nada teneis que ver con los jacobinos, ni con el tribunal revolucionario; no os llaman más que para comparecer en la barra de la Convencion y regresar á vuestro ejército.

El general movió la cabeza.

—Pasé en Paris el mes de Enero, y estoy seguro que hoy no estará más tranquilo que entonces. Sé por los periódicos que la Convencion está dominada por Marat, por los jacobinos y por las tribunas. La Convencion seria impotente para salvarme de su furor, y si mi orgullo me permitiera presentarme delante de tales jueces, mi aspecto me acarrearía la muerte.

—Basta, dijo Camus; estamos perdiendo el tiempo con palabras inútiles. ¿No quereis obedecer al decreto de la Convencion?

—No, contestó Dumuriez.

—Pues bien, os suspendo y os arresto.

Durante la discusion habian ido entrando uno á uno los íntimos de Dumuriez.

—¿Qué gente es esa? preguntó el intrépido anciano, mirando particularmente á las señoritas de Fernig, cuyo sexo, á pesar del uniforme, se reconocia fácilmente; vamos, entregadme vuestros papeles.

—¡Ah! esto es demasiado, exclamó el general en idioma francés; y despues añadió en alemán:

—Prended á esos cuatro hombres.

Los húsares alemanes, que estaban en la pieza próxima, se precipitaron en la habitacion y se apoderaron de los cuatro diputados.

—¡Cuando yo aseguraba que nos las habíamos con un traidor!... dijo Camus. Prisionero como estoy te declaro traidor á la patria; ya no eres general y ordeno que no te obedezcan.

Entonces Beurnonville se colocó al lado de los comisionados.

—Y yo, dijo á su vez, te ordeno que me prendas con mis compañeros para que no crean que hago pacto contigo ni vendo á la nacion como tú.

—Bien; replicó Dumuriez, prendedle con los otros; solo tened miramiento con él y dejadle sus armas.

Los cuatro comisionados y el ministro fueron conducidos á la cámara vecina.

Allí les sirvieron la comida interin enganchaban el carruaje que debía conducirlos presos á Tournai.

Dumuriez recomendó de nuevo los mayores miramientos hácia el general Beurnonville, y despues escribió una carta al general Clairfayt, diciéndole le enviaba rehenes para que respondieran de los excesos que se cometieran en Paris.

Una hora despues partió el carruaje escoltado por los mismos húsares de Berchiny, que habian dado una carga el 13 de Julio del 89 en el jardin de Tullerías.

Al mismo tiempo que salian para Tournai los comisionados de la Convencion, Dumuriez mandaba al coronel Motjoye para avisar á Mack de lo que sucedia y para rogarle que dispusiera una entrevista entre el príncipe de Coburgo, él y el príncipe Cárlos.

El dia siguiente se pasó sin que el acontecimiento del 2 hiciera mucho ruido ni fuese sabido por el ejército. Sin embargo, en la mañana del 3 empezó á circular la palabra *traidor*. Dumuriez queria apoderarse de Condé para purificar la guarnicion, reunir en aquella poblacion todo el ejército, soldados y generales que desearan seguir su suerte, y salir de Condé con un ejército mitad austriaco, mitad francés, y marchar contra Paris.

El general Mack contestó que el 4 por la mañana se encontrarían entre Boussu y Condé el príncipe de Coburgo, el archiduque Cárlos y él, y que allí convendrian el movimiento que debía efectuar el ejército.

El 4 por la mañana salieron de San Amand, Dumuriez, el duque de Chartres, Thouvenot, Montjoye y algunos ayudantes.

Llevaban por escolta ocho húsares, los que con los asistentes formaban un grupo de treinta caballos.

Dumuriez habia pedido una escolta de cincuenta húsares, pero como se retrasaba y la hora de la cita habia llegado, dejó encargado á uno de sus ayudantes que se pusiera á la cabeza de la escolta é indicase el camino que debia seguir.

Cuando llegó á una media legua de Condé, entre Fresnes y Doumet, vió llegar á rienda suelta á un ayudante del general Neuilly, el que le avisaba que la guarnicion estaba muy alarmada y que seria una imprudencia que entrase en la poblacion.

El oficial fué enviado de nuevo con órden de decir al general Neuilly que enviase á su encuentro al regimiento 18 de caballería, del que creia poder estar seguro.

Esperaria en Doumet su llegada.

En aquel momento se le reunió en el camino una columna con tres batallones de voluntarios que se dirigian á Condé con sus bagajes y artillería. Admirado de aquella marcha que no habia ordenado, llamó á los oficiales y les preguntó á dónde iban.

Le contestaron que á Valenciennes.

—¿Qué estais hablando? exclamó el general; si volveis la espalda á Valenciennes.

Les ordenó que hicieran alto, y se alejó cien pasos del camino real para entrar en una casa y dar por escrito la órden á los tres batallones para que regresasen á Bruille, de donde habian partido.

Ya se habia apeado del caballo, cuando la columna volvió hacia atrás y se dirigió á él.

Saltó á la silla, y se alejó al trote hasta un canal que orillaba un terreno pantanoso.

Los gritos, las injurias, la palabra *¡detente!* y la marcha rápida de los voluntarios, que parecia una persecucion, le obligaron á pasar el canal. Pero el caballo no lo consintió, y viendo no queria atravesarlo, se apeó y lo pasó á pié.

Pero entonces, á los gritos de *¡detente! ¡detente!* se siguieron los

tiros. No habia medio de hacer frente al peligro, era preciso huir; pero Dumuriez no podia huir á pié.

Su sobrino, el baron de Schömberg, que habia llegado la víspera despues de correr mil peligros por reunirse con él, saltó del caballo y se le ofreció; Dumuriez rehusó obstinadamente, pero tomó el de un criado del duque de Chartres, el que era muy diestro y ligero y decia podia correr y huir.

Los tiros continuaban. Fueron muertos dos húsares y dos criados del general, uno de los cuales llevaba su abrigo.

A Thouvenot le mataron dos caballos y se escapó á la grupa de aquel Bautista Renard que reorganizó en Jemmapes un regimiento y fué nombrado por la Convencion capitán.

El mismo general dice en sus Memorias que tiraron sobre él más de diez mil tiros. Cogieron á Quentin, su secretario, y el caballo del general, que habia quedado del otro lado, fué conducido en triunfo á Valenciennes.

Dumuriez no podia regresar al campamento; los voluntarios le cortaban el camino y parecian decididos á no tener miramientos.

Costeó el Escaut, y siempre perseguido de cerca, llegó á una barca más allá del pueblecito de Mihers.

Fué el sexto que pasó el rio.

Se encontraba en territorio imperial, traidor y emigrado.

Con él estaban el general Valence, el duque de Chartres, Thouvenot, Schomberg y Montjoye.

Y sin embargo, al dia siguiente determinó Dumuriez perecer si era preciso para rehabilitarse, pues de tal modo es sagrada la patria y tan pesado es el nombre de *traidor*. Dumuriez anunció al general Mack que habia determinado volver al campo francés y ver lo que podia esperar del ejército; pero quiso exponerse solo.

Mack no permitió que partiera sin escolta y le dió doce dragones austriacos.

Esto le perdió; las capas blancas, aborrecidas por nuestros soldados, gritaban *traicion*; sin esa circunstancia tal vez no hubiera fracasado. Corria en el ejército el rumor de que Dumuriez habia sido asesinado, y le creian muerto.

Los soldados se regocijaron al verle; á su vista se enternecieron y gritaron: ¡Viva Dumuriez!

Solo los voluntarios permanecian amenazadores.

—Amigos míos, dijo Dumuriez recorriendo las filas; acabo de tratar la paz; iremos á Paris á impedir se derrame más sangre.

Cuando hay paz pide el soldado guerra; pero se cansa cuando la guerra es desgraciada, y pide entonces la paz.

Aquella noticia de que la paz estaba hecha causó gran impresion.

Se encontraba enfrente del regimiento de la Corona abrazando á un oficial que se habia distinguido en la batalla de Nervonde.

Un furriel, llamado Fichet, salió de las filas, se puso delante del caballo de Dumuriez, y señalando á los austriacos que le acompañaban,

—¿Qué quiere esa gente? ¿Qué quieren decir esos laureles que ostentan en sus gorras? ¿Han venido para insultarnos?

—Estos señores son nuestros amigos, contestó Dumuriez; forman nuestra retaguardia.

—¡Nuestra retaguardia! replicó el joven furriel. ¿Van á entrar en Francia á hollar el suelo francés? Somos treinta millones de franceses y no necesitamos quien nos espie. Es una vergüenza; los austriacos en tierra de la república es una traicion. ¡Vais á entregarles Lila y Valenciennes! ¡Vergüenza y traicion! repitió en voz alta.

Aquellas dos palabras vergüenza y traicion corrieron como un rayo por toda la línea. Apuntaron á Dumuriez: separado el fusil, salió el tiro, y todo el batallon le apuntó.

Dumuriez comprendió que estaba perdido; espoleó á su caballo y se alejó á galope. Los austriacos le siguieron: habian abierto entre él y Francia un abismo que jamás pudo salvarse.

En vano llegó la restauracion: viendo que los Borbones volvian al trono, contaba con el baston de mariscal de Francia; pero le señalaron desdeñosamente una pension de 20.000 francos, y olvidado, ignorado de sus contemporáneos, deshonorado en la historia, tal vez demasiado severa para él, murió el 14 de Marzo de 1823 en Turville-Park. Habia pasado cincuenta años intrigando, tres años en un teatro digno de él y treinta años en el destierro.